

Maria de Rocío de Vargas Aguilera

MICROBIOGRAFÍA

Soy María del Rocío de Vargas Aguilera. Me gusta el olor de la tinta y el rasgueo del bolígrafo sobre el papel, tal vez por eso tacho más que escribo. Las palabras juegan al escondite en mis textos y, unas veces burlonas y otras solemnes, dejan apenas entrever las dudas, locuras, y pocas veces certezas de sus protagonistas. Los mundos felices me esquivan, tal vez tenga que pasarme de lo analógico a lo digital. La ironía, lo confieso, es mi pasión.

María del Rocío de Vargas Aguilera

RECONOCIMIENTO

Va cayendo la noche y la agitación en el asentamiento de inmigrantes va creciendo. En breve partirá una patera. Los hombres ajenos al acontecimiento que se está produciendo continúan con su rutinaria espera. En una de las improvisadas chabolas Aina acaba de parir; no ha habido gritos ni muestras de dolor, unos casi mudos sonidos guturales salidos de su boca han acompañado su esfuerzo en el parto. Tampoco hubo gritos en las múltiples violaciones que ha padecido en su largo viaje camino de una vida mejor. De nada serviría gritar, es el de las mujeres de los asentamientos un sufrir silenciado, negado.

Está exhausta. Una de las mujeres que la ha asistido en el parto le coloca al niño sobre el pecho. La fatigada respiración de Aina parece mecerlo; lo abraza y lo acerca a su cara y con una lenta y profunda inhalación lo huele. Desde ese momento se reconocen como madre e hijo.

María del Rocío de Vargas Aguilera.

GENERACIÓN ESPONTÁNEA

“Engendrado no creado”. Aquella frase del Credo católico le impacto. Hasta el dios de los cristianos tuvo una madre, pero a él se la niegan.

“De la naturaleza del Padre” continuaba la oración. Él no había surgido como Atenea de la cabeza de Zeus, su padre; sin embargo no había rastro de mujer en su vida. Hoy celebra su dieciocho cumpleaños y su padre le entrega un álbum de fotos que recorre los acontecimientos más importantes de su vida: desde su nacimiento hasta este día. En él no aparece una vieja foto que le impresionaba cuando era pequeño, la imagen de una barriga de embarazada hermosamente decorada. En aquella barriga, en aquella vasija ateniense se encontraba la mitad de su existencia, por mucho que su DNI se empeñara en mutilarla.

María del Rocío de Vargas Aguilera

SUPERVIVENCIA

Se mira al espejo y no reconoce su cara. Donde hubo una sonrisa solo queda una mueca dibujada por la desesperación y la impotencia. La cara de la que de lunes a viernes es madre y esposa, y el fin de semana una mano, una boca una vagina; un cuerpo diseccionado a golpe de tarifa.

Da un último repaso a su neceser y deja el dormitorio en penumbra.

Como cada viernes por la tarde la casa está en silencio. Ni sus hijos ni su marido la despedirán; quiere dejar a salvo sus besos y sus caricias, que nada pueda embarrarlas.

Como de costumbre cierra la puerta del piso y deja tras ella su dignidad.

María del Rocío de Vargas Aguilera.